

PRESERVANDO EL HONOR DEL MATRIMONIO

Guía bíblica de
los puritanos



JAMES A. LA BELLE Y
JOEL R. BEEKE

PRESERVANDO EL HONOR DEL MATRIMONIO

Guía bíblica de los puritanos

Contenido

Introducción.....	3
1. El deber de la sumisión mutua	4
2. Cristo y su iglesia.....	6
3. El principio del pacto	11
<i>Preguntas de estudio</i>	19

Este folleto es una traducción del capítulo 4, “Preserving the Honor of Marriage”, del libro en inglés *Living in a Godly Marriage* de Beeke y LaBelle, un libro de 268 páginas de Reformation Heritage Books, disponible en www.heritagebooks.org. ISBN 9781601784636 (rústica) | 9781601784643 (epub).

Esta traducción en español © Copyright 2023 Chapel Library.

Traducido y publicado con permiso de Reformation Heritage Books. El libro original en inglés © Copyright 2016 por Joel R. Beeke y James A. La Belle. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida de ninguna manera sin permiso escrito excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos críticos y reseñas. Dirija sus solicitudes al editor a la siguiente dirección:

LIBROS HERENCIA REFORMADA

2965 Leonard Street NE Grand Rapids, Michigan 49525 EE. UU.
orders@heritagebooks.org • www.heritagebooks.org

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street Pensacola, Florida 32505 EE. UU.
Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

PRESERVANDO EL HONOR DEL MATRIMONIO

Introducción

Cuando nos casamos en el Señor, honramos al Señor del matrimonio y, por lo tanto, podemos buscar en Él las muchas bendiciones que Él se complace en otorgar al matrimonio. Sin embargo, como un hombre que ha trabajado tan duro para procurarse una fortuna piensa mucho en cómo preservarla, la tarea ahora es abordar los medios por los cuales podríamos preservar y mantener el honor del matrimonio. Daniel Rogers (1573-1652) dijo: “Aquellos que han encontrado un matrimonio honorable deben servirlo y mantenerlo así”.¹

Si el honor del matrimonio *proviene* del Señor y debe obtenerse casándose *en* el Señor, entonces necesariamente se deduce que el único medio para preservar su honor es caminar fielmente *ante* el Señor en matrimonio. De lo contrario, la infidelidad estropeará el honor del matrimonio entre los hombres, perforará los corazones de nuestros cónyuges y hará que el Señor retire Sus bendiciones de nosotros. En consecuencia, la Escritura nos enseña no solo a casarnos en el Señor (1 Corintios 7:39), sino también a vivir juntos en fidelidad ante el Señor (Efesios 5:22-33; Colosenses 3:18-19; 1 Pedro 3:1-7).

Caminar fielmente ante el Señor en el matrimonio es prestar atención a los *deberes* mutuos y respectivos del matrimonio. El matrimonio es una mayordomía del Señor y se ingresa a él a través de los votos del uno al otro delante del Señor. Por lo tanto, el matrimonio debe considerarse principalmente desde el punto de vista del deber y la obligación. El matrimonio implica unirse no tanto con alguien que amas apasionadamente en ese momento como con alguien a quien te estás comprometiendo a amar siempre fiel y diligentemente.²

Cuando Dios une a un hombre y a una mujer en matrimonio, los llama a honrarlo cumpliendo fielmente los deberes que les incumben en

¹ Daniel Rogers, *Matrimonial Honor* (Honor Matrimonial; Virginia: Edification Press, 2010), 115

² P. den Ouden, *Liefde en Trouw bij de Puriteinen*, 3ª ed. (Houten, Países Bajos: DenHertog, 2010), 40-41.

la relación a la que los ha traído (por ejemplo, Efesios 5:22-33; 1 Pedro 3:1-7). Como estos deberes son asignados por Dios en Su Palabra, el cumplirlos fielmente no solo lo honra directamente, sino que también ayuda a preservar y mantener el honor que Él otorga al matrimonio. Guillermo Gouge (1575-1653), al respecto, habló tanto de la necesidad como de la ventaja de ser fiel en el cumplimiento de deberes matrimoniales cuando dijo, “Estos [deberes] son *absolutamente necesarios* para el *ser* y el permanecer del matrimonio; son necesarios y esenciales para el *bienestar* y el buen *vivir* del mismo, es decir, para el buen estado³ del matrimonio, y para una vida admirable y cómoda juntos”.⁴

Sin embargo, Dios hace más que asignarnos deberes y llamarnos a obedecerlos fielmente. Él quiere que esos deberes estén tan impresos en nuestras mentes e inculcados en nuestros corazones que caminemos en ellos con buen ánimo y con alegría con la convicción de que tanto Su gloria como nuestra felicidad están ligadas a nuestra fidelidad.

Por lo tanto, Dios nos recalca estos deberes basando la ordenanza del matrimonio en dos principios bíblicos: el principio de Cristo-Iglesia y el principio del Pacto... Discutiremos estos dos principios que proporcionan el fundamento y la motivación para el deber mismo en el matrimonio. Una vez lo hagamos, podremos ceder fielmente a todo el deber al que el Señor nos llama, que, por Su gracia, a su vez preservará el honor de nuestros matrimonios.

1. El deber de la sumisión mutua

Los deberes domésticos de Gouge se basa en Efesios 5:21-6:9, que describe los deberes de esposos y esposas, padres e hijos, amos y siervos. Antes de explicar esos deberes, Gouge escribió una introducción explicando este pasaje frase por frase para que en cada rol particular uno pueda conocer y entender su deber ante el Señor, que es *someterse unos a otros* (Efesios 5:21).

En Efesios 5:21, Pablo encarga a sus lectores que se sometan “unos a otros en el temor de Dios”. Gouge explicó que no importa qué rol o posición particular ocupe el creyente, él o ella es llamado por Dios a la *sumisión*. Un inferior se somete a los que están sobre él honrándolos y sirviéndolos en el temor del Señor (1 Pedro 2:13-17), mientras que un

³ **Estado** – Condición

⁴ William Gouge (1575-1653), *Of Domestic Duties* (De los deberes domésticos; Impresos Puritanos, 2006), 155.

superior se somete a los que están bajo él gobernándolos con amor y humildad en el temor del Señor (1 Pedro 5:1-4), e iguales se someten unos a otros poniendo los intereses de los demás por encima de los suyos en el temor del Señor (Filipenses 2:3-4).

La lógica detrás de tal sumisión mutua es doble. Primero, Dios nos ha asignado un lugar a cada uno de nosotros, no tanto para nuestro propio bien como para el bien de los demás. En lugar de ser llamados a la auto-gratificación o auto-exaltación, estamos llamados al servicio y al deber. Por lo tanto, el apóstol describe a la Iglesia o cuerpo de Cristo como compuesto por Dios para que cada uno pueda cuidarse y cuidar al otro (1 Corintios 12:24-25) y, por lo tanto, no sirva a su propio interés, sino al bien común (1 Corintios 12:7). Dios da a los miembros del cuerpo de Cristo diferentes roles de acuerdo con lo que es bueno para todo el cuerpo en lugar de lo que es bueno para los miembros individuales. En nuestros llamamientos particulares debemos considerar el bien de los demás antes que el nuestro (Fil 2:3-4). Para aquellos bajo autoridad, dijo Gouge, los llamamientos/órdenes de sus superiores “son en verdaderos oficios de servicio, de hecho, son cargas bajo las cuales deben voluntariamente poner sus hombros, siendo llamados por Dios, y de las cuales han de dar cuenta del bien que han hecho a otros, para cuyo efecto, es necesario que se sometan”.⁵

Segundo, al ser asignadas nuestras posiciones/roles por Dios, cada uno de nosotros es responsable de ser fieles a Él. No importa cuál sea nuestra posición, debemos cumplir con nuestros deberes en el temor del Señor, porque, dijo Gouge, esa es la “*causa eficiente* que mueve a un verdadero cristiano a cumplir voluntariamente todos los deberes para con el hombre”⁶. Conscientes de que tan bueno es Dios con nosotros, y de cómo la felicidad consiste en disfrutar de Su favor, un temor apropiado y santo del Señor nos hace estar dispuestos a hacer todo lo que Él requiere de nosotros y a no estar dispuestos a hacer lo que le desagrade.

En el temor del Señor nos sometemos unos a otros en el desempeño de los deberes de nuestros roles. Las esposas se someten a los esposos, y los esposos aman a sus esposas (Efesios 5:22, 25); los hijos obedecen a los padres, y los padres nutren a sus hijos (Efesios 6:1-4); y los siervos obedecen a los amos, y los amos gobiernan a sus siervos con el cuidado y la bondad de Cristo (1 Pedro 2:17; 2 Crónicas 19:5-9). Como escribió Gouge: “El que no obedece a los que están sobre él *en el temor de Dios* no

⁵ Gouge, 4.

⁶ Gouge, 5.

muestra respeto por la imagen de Dios; y el que no gobierna a los que están bajo él *en el temor de Dios* no muestra respeto por el mandato de Dios”.⁷

Algunos pueden argumentar que la sumisión mutua niega la diferencia entre aquellos que están en autoridad y aquellos que están bajo autoridad. Pero lo contrario es evidenciado si recordamos que la forma que adopta la sumisión difiere con los roles que ocupamos. El que está en autoridad se somete gobernando a los que están bajo él con humildad y amor. Del mismo modo, el que está bajo autoridad se somete mediante el desempeño amoroso y fiel de sus deberes, dando honor a quien es debido. Y el Señor recibe el mayor honor de todos, porque todos somos siervos los unos de los otros de acuerdo con nuestras respectivas posiciones, igualmente responsables ante Él, e igualmente motivados por el temor a Él como miembros de Su cuerpo.

Gouge, por lo tanto, acusó a los creyentes, diciendo: “Por lo tanto, pongamos el *temor de Dios* como un blanco ante nosotros para apuntar a él en todas nuestras acciones... Que los superiores (Números 11:29) no hagan nada que no pueda ser filtrado por *el temor de Dios* para [satisfacer] a sus inferiores, ni sufran nada (1 Samuel 24:8) que sus inferiores no deban sufrir. Y que los inferiores (Génesis 39:10; 1 Samuel 22:17) se abstengan (Hechos 4:19) de hacer por voluntad de sus superiores cualquier cosa que los desvíe del *temor de Dios*; pero *todos se someten unos a otros en el temor de Dios*.”⁸

2. Cristo y su iglesia

En el contexto de la sumisión mutua, Gouge cita al apóstol Pablo, en Efesios 5, en donde aborda los deberes que incumben a las esposas y maridos en el Señor. Como base para sus deberes, Pablo introduce el primer principio principal del matrimonio: el *principio de Cristo-Iglesia*. De acuerdo con este principio, el esposo debe amar a su esposa como Cristo ama a la Iglesia, y la esposa debe mostrar reverencia y sumisión a su esposo cómo la Iglesia se somete a Cristo. Pablo invoca este principio, dijo Gouge, para que tanto el esposo como la esposa puedan ser “los mejores dirigidos a” y “los mejores inducidos a”.⁹

El liderazgo del esposo sobre su esposa es paralelo al liderazgo de Cristo sobre Su Iglesia (Efesios 5:23). Así como Cristo ama a Su Iglesia,

⁷ Gouge, 9.

⁸ Gouge, 10.

⁹ Gouge, 18 y 30.

así el esposo debe amar a su esposa. Él debe amarla absolutamente (v. 25), a propósito (v. 26), de manera realista (v. 27) y sacrificialmente (v. 28-29). Él debe ejercer un “amor verdadero, libre, puro, sobrecogedor y constante” hacia su esposa, alimentándola y apreciándola como lo hace Cristo con Su pueblo reunido (v. 29).¹⁰ El amor de Cristo por Su Iglesia es el modelo que un esposo debe seguir.

Sin duda, el amor de Cristo por su Iglesia es tan excelente, perfecto e infinito como Su persona divina. Por lo tanto, un esposo es incapaz de amar a su esposa a la medida del amor de Cristo. Como pecador, siempre estará lejos del alcance infinito del amor de Cristo (v. 25). Sin embargo, el amor de Cristo por Su novia debe ser la meta y el patrón de cada esposo.¹¹ Él debe caminar tan cerca como pueda de ella. Tal amor como el de Cristo, dijo Gouge, servirá “como el azúcar para endulzar los deberes de autoridad que pertenecen a un esposo” y, por lo tanto, permitirá que su amada esposa se someta más fácilmente a él.¹² Su fidelidad alentará su fidelidad, y su amor provocará su sumisión.

Del mismo modo, la sumisión de la esposa a su esposo es paralela a la sumisión de la Iglesia a Cristo (Efesios 5:22-24). “Una esposa debe someterse a un esposo”, escribió Gouge, “porque él es su *cabeza*; y ella debe hacerlo *como para el Señor* porque su esposo es para ella como Cristo es para la Iglesia”.¹³ Por lo tanto, el principio de Cristo-Iglesia proporciona tanto la *razón* de la sumisión de una esposa como la *forma* en que debe rendirla. No debe someterse a su esposo en *nada* que contradiga su sumisión a Cristo (v. 22), sino en *todo lo* que esté de acuerdo con su sumisión a Cristo, porque se somete a su esposo como se somete a Cristo (v. 24).

Si una esposa se somete a su esposo en cosas contrarias a Cristo, entonces ella no se está sometiendo *como al Señor*. Por lo tanto, las esposas conscientes deben recordar, escribió Isaac Ambrosio (1604-1664), “que tienen un esposo en el cielo, así como en la tierra, entre quienes hay una diferencia mayor que entre el cielo y la tierra; y por lo tanto, en caso de que ellos declaren cosas opuestas, deben preferir a Dios antes que a los hombres, a Cristo antes que a todos los hombres”.¹⁴ Una esposa “debe,

¹⁰ Gouge, 31.

¹¹ Gouge, 31.

¹² Gouge, 94.

¹³ Gouge, 19.

¹⁴ Isaac Ambrose, “Family Duties” (Deberes familiares), en *Media: the Middle Things, in reference to the First and Last Things* (Medios: Las cosas del medio,

como un verdadero espejo, representar fielmente y volverse al corazón de su esposo, con una dulzura y flexibilidad agradable ante los lineamientos y proporciones exactas de todos sus deseos y demandas honestas, sin descontento, frustración o acidez. Porque su sujeción en este aspecto debe ser en cuanto a Cristo, sincera, cordial y libre”.¹⁵

Este principio de Cristo-Iglesia es válido incluso si un esposo es un hombre sin valor que no conoce al Señor (1 Samuel 2:12; 1 Corintios 7:12-13). Ambrosio escribió: “Una esposa debe ser mansa, suave, gentil, obediente, aunque esté emparejada con un esposo torcido, perverso, profano y malvado. Ella debe en este caso apartar sus ojos de la disposición de la persona de su esposo y dirigirlos a la condición de su posición, y en virtud de ello (viendo que lleva la imagen de Cristo), estar sujeta a él como a Cristo”.¹⁶ Sus ojos deben estar siempre en Cristo, quien está por encima de su esposo y por cuyo bien se somete voluntariamente a él, porque esto la capacitará para cumplir fielmente su deber, al que fue llamada, ante el Señor.

Sin embargo, este principio también proporciona el *beneficio* de la sumisión. Cristo como la cabeza de Su Iglesia protege y provee para ello, así que el esposo como la cabeza de la esposa debe proteger y proveer para su esposa (vv. 23, 29). La esposa se somete a su esposo para su propio beneficio para que pueda disfrutar de su protección y provisión. Como el liderazgo del esposo es de responsabilidad, así la sumisión de la esposa es de beneficencia; y cómo el papel del esposo refleja la bondad de Cristo, así el papel de la esposa refleja el deber de la Iglesia.¹⁷

Entonces, ¿cómo funciona realmente este principio en el matrimonio? El esposo debe ser consciente de que su deber hacia su esposa es representar y reflejar el amor del Salvador por Su Iglesia. Aunque el amor de un esposo por su esposa estará muy por debajo del amor de Cristo por Su Iglesia, aun así, el matrimonio está destinado a ser una ilustración del amor de Cristo por Su Iglesia. El amor de un esposo debe ser tan puro como el de Cristo, no mezclado con un ojo lascivo para otras mujeres, un corazón lujurioso por otros placeres, o un interés egoísta que rápidamente se vuelve insatisfecho. Por el contrario, su amor

en referencia con las primeras y las últimas), en *The Works of Isaac Ambrose*, (Obras de Isaac Ambrose; Londres, Rowland Reynolds, 1674), 235-36.

¹⁵ Robert Bolton (1572- 1631), *General Directions for a Comfortable Walking with God* (Directrices generales para un cómodo caminar con Dios; Morgan, PA: Soli Deo Gloria, 1995), 279.

¹⁶ Ambrose, 235.

¹⁷ Gouge, 20-21.

debe estar dedicado por completo y sólo a ella. Su amor debe ser tan sincero como el de Cristo, no mirándola en busca de riquezas, familia o talentos, sino a ella como persona. Su amor debe ser tan constante como el de Cristo, no como la pasión de la juventud que se desvanece rápidamente, sino como un amor perdurable y fiel todos sus días. Su amor debe ser tan sacrificial como el de Cristo, promoviendo no solo los intereses temporales de la esposa sino también los espirituales, incluso a costa de sí mismo. Por otra parte, su amor por su esposa debe ser rendido de tal manera como para hacerse amar de a ella y por lo tanto facilitar su sumisión. Ella debería deleitarse en ser la esposa de un esposo tan amoroso y cariñoso y hacer todo lo que Dios requiere de ella hacia él.

El esposo debe cuidar y nutrir a su esposa como Cristo ama a la Iglesia. No debe ser duro en su discurso, sino usar palabras que la consuelen y la edifiquen. No debe ser descuidado en sus modales, sino comportarse con su esposa con ternura, suavidad y la preocupación de complacerla y hacerse amar de ella. Él debe hablar con alta estima y amor de ella en su ausencia, dejando claro a todos que la aprecia. Debe ser paciente con sus enfermedades y tratar de ayudarla a fortalecerse en el Señor y a ser fiel en sus deberes para con Él.

La relación del esposo con su esposa apunta al lugar de Cristo como la Cabeza de Su Iglesia, que es Su cuerpo. Por lo tanto, un esposo debe esforzarse celosamente por representar con precisión a Cristo. Debe cuidar de su esposa como de su propio cuerpo, ya que los dos, por matrimonio, se han convertido en una sola carne (Efesios 5:28-31). Esto debe hacerse con alegría y buena voluntad debido al honor que se le otorga para mostrar a Cristo en el matrimonio.

Del mismo modo, la esposa debe reflejar la relación de la Iglesia con Cristo sometiéndose a su esposo. Ella debe estar inflamada con un deseo, por amor a Cristo, de honrar a su esposo y someterse a él de una manera que muestre su propia sumisión a Cristo. Su esposo no es *Cristo* para ella, sin embargo, él es *como* Cristo para ella dentro del matrimonio. Cristo considera su sumisión a su esposo como parte de su sumisión a Él, ya que, como dice el apóstol, ella debe someterse “como al Señor” (v. 22). Su fracaso en someterse a su esposo en todo lo lícito es un pecado porque representa un fracaso en su sometimiento a Cristo; es rebelión contra su Señor. Por lo tanto, ella debe ceder al liderazgo de su esposo, depender de su provisión y buscar su protección, honrando al Señor que colocó a su esposo sobre ella.

Es importante entender que la sumisión a la que el Señor la llama no es una cuestión de jerarquía sino de *función*. Dios asigna el papel de

liderazgo al esposo no porque sea mejor que su esposa, sino simplemente porque Él le delega esta autoridad. John Robinson lo explicó de esta manera: “Dios creó al hombre y a la mujer espiritualmente iguales, y cuando ambos cayeron en el pecado, ella no se degeneró más que él de la bondad primitiva. Sin embargo, en el matrimonio, uno de los dos debe tener la autoridad final, ya que surgirán diferencias, por lo que uno debe dar paso y volverse al otro; esto, Dios y la naturaleza recaen sobre el hombre”.¹⁸ Por lo tanto, la sumisión de ella no es una sumisión servil, sino una sumisión que honra a Dios.

¿Puede cada miembro de una nación ser rey? ¿Pueden todos en una familia ser padres? ¿Pueden todos ser esposas? ¿Pueden todos ser todo? Por supuesto que no. Debe haber necesariamente no sólo orden, sino grados de autoridad, sumisión y gobierno. Por lo tanto, la esposa piadosa mirará con satisfacción la mano de Dios que la hizo la esposa y no esposo, el vaso más débil y no el más fuerte, para obedecer y no para gobernar. Si ella se rebelara contra su lugar haría más mal a Dios que a su esposo; y que ella asumiera las riendas de la familia y gobernara en el lugar de su esposo usurparía la autoridad en lugar de gobernar con autoridad. Cualquiera que sea el gobierno que pueda disfrutar en la familia, ella debe disfrutarlo bajo la dirección de su esposo y no en contra de él; ella lo disfruta con el consentimiento de su esposo y con referencia a su voluntad sobre ella (de la misma manera que la luna deriva su luz de la iluminación del sol). Ella disfruta administrar el honor y los deseos de su esposo tan sabia y cuidadosamente así cómo administraría su dinero o cualquier otra cosa que se le confíe.

En verdad, un matrimonio en el que el orden de Dios es guardado y disfrutado es un *buen* matrimonio. En tal caso, ¿cuán grande es el honor del gobierno piadoso de la esposa hacia el esposo, mientras que él, como rey para dirigir, pero con amor de esposo, entrará y saldrá en medio de su familia, sin temer que haya despilfarro, ya sea en casa o en el extranjero; sin necesitar de ganancias ilegales para mantener su patrimonio? Además, ¿cuán honorable es el servicio en la esposa, al depender de la voluntad de su esposo, aconsejando con sensatez, apoyándose sobre el pecho de su esposo y, sin embargo, disfrutando de la autoridad para hacer lo que desee

¹⁸ Citado en Leland Ryken, *Worldly Saints: The Puritans as They Really Were* (Santos mundanos: Los puritanos como realmente eran; Grand Rapids, MI: Zondervan, 1986), 76.

mientras su voluntad sea honesta, legal y para el bien de su esposo?”¹⁹

Debido a que su sumisión honra al Señor, la esposa debe rendirla de con buen ánimo y con alegría; porque su sumisión no debe ser solo de palabra o de hecho, sino que también debe hacerse con un gozo sincero. Su esposo debe regocijarse en cuán alegre y rápidamente lo honra, lo sirve y espera que él sea la cabeza que Dios ha designado y llamado a ser. Ella debería vivir de tal manera que se enamore de él y atraiga su amor hacia ella. Ella debe cumplir con su deber hacia él de tal manera que él pueda cumplir con su deber hacia ella con la misma facilidad y deleite. Esto significa que ella debe someterse a él voluntariamente. Su sumisión no debe ser obligada más de lo que el amor de él no debe ser forzado. Más bien, ella debe rendir su sumisión como parte de su obediencia a Cristo tanto como él debe rendir su afecto como parte de su obediencia a Cristo. Su matrimonio y, por lo tanto, sus roles se basan en el principio de Cristo y la Iglesia. El honor y la libertad de una esposa en Cristo reconoce a su esposo como su cabeza y se somete a él en consecuencia; y su honor y libertad en Cristo reconoce a su esposa como su propio cuerpo y la ama en consecuencia.

Pero aquí hay mucho más que mera motivación. Uno podría estar motivado para hacer lo que es correcto, pero aún así ser incapaz de hacerlo. Para los creyentes, el principio de Cristo-Iglesia proporciona la capacitación que necesitamos para hacer lo que Dios nos ha llamado a hacer. Es cierto que el cristiano debe apoyarse en Cristo en cada situación y Su propia santidad debe ser modelo en cada momento y deber. El apóstol Pablo dijo que podía hacer todas las cosas por medio de Cristo, quien lo fortalecía (Filipenses 4:13). Si este es el caso en todas las circunstancias, entonces seguramente también podemos esperar que Cristo nos capacite para ser santos en el matrimonio.

3. El principio del pacto

Al salir del principio de Cristo-Iglesia, que es la razón misma del *deber*, encontramos el segundo principio, el principio del Pacto. Sobre este principio, ambas partes en un matrimonio consienten libre y voluntariamente vivir de acuerdo con las reglas del matrimonio que Dios estableció cuando solemnizó el matrimonio de nuestros primeros padres. Cuando un hombre y una mujer contraen matrimonio santo ante el

¹⁹ Ste. B., *Counsel to the Husband; to the Wife Instruction* (Consejo para el esposo; Instrucción para la esposa; Londres: Por Felix Kynngston, para Richard Boyle 1605), 49.

Señor, prometen cumplir los deberes del matrimonio sin condiciones y sin reservas.

En Malaquías 2:14 se mencionan dos cosas que resaltan la solemnidad de los votos hechos al comienzo del matrimonio. El primero es que este intercambio de promesas es un pacto. En el versículo 14, el Señor llama a los esposos al arrepentimiento por tratar traicioneramente con sus esposas al divorciarse de “tu compañera y la mujer de tu pacto”. En Proverbios 2:16-17, la adúltera es descrita como aquella que no solo abandona compañero de su juventud sino que se olvida de “el pacto de su Dios”, una referencia a sus votos matrimoniales. El matrimonio es un vínculo sagrado. Cuando un hombre y una mujer intercambian los votos matrimoniales, están haciendo más que un contrato para compartir una casa y una cuenta bancaria; están entrando en un pacto entre sí con estipulaciones y responsabilidades. Como observó P. den Ouden: “Para los puritanos no fue el amor sino la fidelidad lo que constituyó el matrimonio. Incluso si el amor se debilita...las parejas siguen bajo la obligación de permanecer fieles el uno al otro debido al juramento matrimonial”.²⁰

El matrimonio debe celebrarse como un pacto en el que un esposo y una esposa prometen ante Dios realizar los deberes que Dios le ha asignado a cada uno. El esposo promete amar fielmente a su esposa como Cristo ama a su Iglesia, servirla, consolarla, honrarla y acariciarla, y abandonar a todas las demás, mantener la fe con ella mientras ambos vivan. La esposa promete amar a su esposo, consolarlo, respetarlo y someterse a él como la Iglesia se somete a Cristo, y abandonar a todos los demás para mantener la fe con él mientras ambos vivan.

P. den Ouden dijo: “Alguien que no desea asumir responsabilidades no entiende la esencia del matrimonio”.²¹ Definir el matrimonio de cualquier manera que ignore o niegue su compromiso de pacto de fidelidad a ciertos deberes prescritos por Dios es abandonar su institución y fundamento y redefinirlo de una manera centrada en el hombre. Tales matrimonios traen vergüenza en lugar de honor sobre la relación de Cristo con su Iglesia y, por lo tanto, no experimentan el honor y las bendiciones del matrimonio mismo. Edward Reyner (1600-1668) escribió: “Los deberes del matrimonio son asuntos de religión, de conciencia y obediencia al evangelio, siendo plenamente prescritos y ordenados en él. Y Cristo vendrá un día en fuego ardiente para vengarse de los que no obedecen el evangelio, en los preceptos del mismo (2 Tesalonicenses

²⁰ Den Ouden, 45.

²¹ Den Ouden, 42.

1:8)".²²

La segunda cosa mencionada en Malaquías 2:14 expresando la solemnidad de los votos matrimoniales es que el SEÑOR mismo es un testigo del pacto matrimonial. El versículo 14 dice: "Mas diréis: ¿Por qué? Porque Jehová ha atestiguado entre ti y la mujer de tu juventud, contra la cual has sido desleal, siendo ella tu compañera, y la mujer de tu pacto". En otras palabras, el matrimonio no solo se refiere al hombre y la mujer que se casan. El matrimonio fue instituido por Dios, bendecido por Dios para aquellos que lo honran en él, y también es atestiguado por Dios. Él oye las promesas que se hacen el uno al otro, los votos que pronuncian. Él es testigo de tu entrega a tu cónyuge y Él te hará responsable de tus propias palabras. Henry Scudder (c. 1585-1652), por lo tanto, aconsejó a las parejas casadas que "consideren lo que hicieron; entraron en un pacto cercano entre sí, de hecho, en un *pacto con Dios* para ser el uno del otro y ser fieles el uno al otro... De modo que si rompen el pacto entre ustedes, también rompen el pacto con su Dios".²³ El matrimonio no es sólo un pacto entre marido y mujer; es un pacto con Dios que Él presencia y sella.

Algunos piensan que un buen matrimonio es aquel en el que un hombre asegura a la mujer más hermosa cómo su novia. Algunos piensan que un buen matrimonio es aquel en el que una mujer consigue que el hombre más rico sea su marido. Otros consideran que un matrimonio es bueno si un esposo y una esposa pueden disfrutar de una buena medida de independencia dentro del matrimonio y no sentirse atados o restringidos por él. Otros consideran que un buen matrimonio es aquel en el que el hombre encuentra una esposa que hará lo que le diga, o la mujer encuentra un marido que le dará lo que quiera. Todos esos matrimonios resultarán desastrosamente decepcionantes porque están muy por debajo de lo que Dios pretende en el matrimonio. Scudder aconsejó a las personas solteras que piensen y se preparen para los deberes del matrimonio *antes* de casarse, porque "Dios te ha dicho en Su Palabra

²² Edward Reyner, *Considerations Concerning Marriage: The Honor, Duties, Benefits, Troubles of It* (Consideraciones respecto al matrimonio: El honor, deberes, beneficios y sus problemas; Londres: por J. T. Para Thomas Newbery, 1657), 36.

²³ Henry Scudder, *The Godly Man's Choice: or A Direction How Single Godly Persons, Who Intend Marriage, May Make Choice of a Fit and Meet Yoak-fellow* (La elección del hombre piadoso: o una directriz de cómo las personas solteras, que desean matrimonio, pueden hacer una elección de su compañera de yugo; Londres: por Matthew Simmons para Henry Overton, 1644), 71.

lo que debes hacer cuando estás casado”.²⁴ Del mismo modo, Reyner dijo: “Para cualquiera que se case antes de conocer su deber, o cómo llevarlo a cabo, es como fundar una empresa antes de aprender el oficio; o como responder a un asunto antes de escucharlo, lo cual es fatuidad y oprobio”. (Proverbios 18:13).²⁵

Para disfrutar de un matrimonio en el que reinan el gozo y la paz, un puritano dio el siguiente consejo: “No está en que el hombre y la esposa acuerden que debe haber paz y tranquilidad, sino en el orden que Dios les ha prescrito para ser obedecido en sus roles; de modo que deben buscar la sabiduría, el orden y la política²⁶ de Dios, para el gobierno del hogar, y no lo que pueda parecer correcto y bueno a sus propios ojos... Cada uno debe mantener su posición, su orden y la política celestial, a la que Dios los ha llamado. El marido se hace la cabeza y la esposa se asemeja al cuerpo. ¿Se puede voltear la cabeza de un cuerpo natural al revés? ¿Puede toda la persona continuar y vivir bien en ese estado? ¿Qué tan impropio es? Un cuerpo [de gobierno doméstico] en esta situación no puede estar en condiciones pacíficas o benditas si el orden esta invertido”.²⁷ William Secker (1660) lo expresó de esta manera: “Nuestras *costillas* no fueron ordenadas para ser nuestros *gobernantes*. No están hechas de la cabeza, para reclamar superioridad; sino de un *lado*, para contentarse con *la igualdad*. Abandonan al *Autor* de la naturaleza al invertir el *orden* de la naturaleza. La mujer fue hecha para la *comodidad del hombre*, y el hombre no fue hecho para el *mandato de la mujer*. Esos hombros aspiran demasiado alto, que no se contentan con una posición debajo de su cabeza... El cuerpo de esa casa nunca puede hacer ningún buen movimiento, ya que sus huesos están fuera de lugar”.²⁸

Richard Baxter (1615-1691) dio un consejo similar: “Es la subversión de todas las sociedades, y también del mundo, que las personas egoístas e impías entran en todas las relaciones con el deseo de servirse a sí mismas y de pescar todo lo que gratifica su carne sin ningún sentido del deber de su relación. Consideran cuanto honor, beneficio o placer les brindará su relación, pero no lo que Dios y el hombre necesitan o esperan de ellos (Génesis 2:18; Proverbios 18:22). Todo su pensamiento es lo que tendrán, pero no lo que serán y harán. Son muy sensibles a lo que los demás

²⁴ Scudder, 60.

²⁵ Reyner, 35.

²⁶ **Política** – Forma o sistema de gobierno.

²⁷ Ste. B., 41-43.

²⁸ William Secker, “The Wedding Ring” (El anillo de matrimonio), en *The Nonsuch Professor* (El profesor como ninguno otro; Virginia: Publicaciones Sprinkle, 1997), 256-57.

deberían ser y hacerles, pero no a lo que deberían ser y hacerles a los demás. Así es con los magistrados y las personas, con demasiados pastores y sus rebaños, con esposos y esposas, con padres e hijos, y todas las demás relaciones. Nuestro primer deber es conocer y obedecer los deberes de nuestras relaciones y agradecer a Dios en ellas y luego buscar su bendición a modo de recompensa alentadora. Estudia y haz tu parte, y Dios ciertamente hará la suya”.²⁹

Scudder aconsejó a las personas solteras diciendo: “Obtendrán sabiduría al ser previsivos y cautelosos en la forma cómo entran en este estado de matrimonio; ya que saben de antemano, piensan profundamente, y se preparan para tener la capacidad de cumplir con los deberes y soportar los problemas que ese estado necesariamente pondrá sobre ustedes”.³⁰ ¡Ojalá tal consejo fuera sopesado hoy por aquellos que desean casarse! El divorcio no sería tan común, especialmente entre el pueblo de Dios que debería honrar el pacto que se hicieron el uno al otro frente a Dios y otros testigos, y que debería modelar su relación según el ejemplo de Cristo y la Iglesia.

Dos advertencias³¹ deben agregarse aquí. Primero, dado que ambos cónyuges tienen obligaciones que cumplir en el matrimonio, ninguno debe esperar al otro; en cambio, cada uno debe buscar ser fiel ante el Señor independientemente del otro. El esposo es responsable ante Dios por sí mismo y no puede excusarse de esos deberes si su esposa no cumple con los suyos. Si ella descuida sus deberes, no sólo perjudica a su esposo, sino que también deshonra a Dios que la llamó a esos deberes y en cuyo nombre entró en el pacto del matrimonio. Del mismo modo, una esposa no debe negarse a someterse a su esposo diciendo que él le está negando su amor. Ella es responsable ante Dios de cumplir con sus deberes como esposa, independientemente del comportamiento de su esposo. Debe perseverar en la sumisión y, por lo tanto, no solo hacerse amar de él, sino también recordarle sus propias obligaciones para con ella ante el Señor como su esposo; porque ¿Cómo mejor recordarle a él su propia obligación de someterse al Señor como esposo sino mediante su sumisión a él?

¡Por lo tanto, tanto el esposo como la esposa deben tratar de cumplir con su deber primero! Reflexionando sobre las palabras de Pablo en Romanos 12:10 (“en cuanto a honra prefiriéndose los unos a los otros”), un puritano escribió: “Deseo que nunca llegue a ser una cuestión de ley

²⁹ Richard Baxter, *The Godly Home* (El hogar piadoso), ed. Randall J. Pederson (Wheaton, IL: Crossway Books, 2010), 127.

³⁰ Scudder, 65.

³¹ **Advertencias** – Precaución o calificación.

entre el hombre y la esposa, cuyo deber es...comenzar la obra del gobierno del hogar; pero [deseo] que ellos se esfuercen, que sean más cuidadosos de los bienes del otro. El esposo (en servicio necesario) no debería tener que decir: Buena esposa, ayúdame aquí...pero la esposa debería [precederlo] con, buen esposo, permíteme hacerlo por ti. Tampoco [debería] la esposa [necesitar] decir (en el mismo caso), ruego que el esposo haga esto por mí; pero él más bien [debería] tener cuidado de [preceder] su deseo... Por lo tanto, no deben esforzarse, a menos que sea para dar honor...y para hacer servicio, y por amor para [preceder] el uno al otro... Y seguramente donde reina el verdadero amor...o donde...cualquiera de ellos es realmente cuidadoso del bien del otro, no necesitarán demandarse mutuamente ante la ley por su derecho, o quejarse de que han [sido] perjudicados”.³²

Segundo, ni el esposo ni la esposa deben definir sus derechos por los deberes del otro. El esposo puede verse tentado a exigir la sumisión total de su esposa y, por lo tanto, comportarse como un tirano, mientras que la esposa puede verse tentada a exigir el amor sacrificial de su esposo. No sólo son tales demandas pecaminosas en sí mismas, sino que el que se posiciona a sí mismo para pensar en los deberes de su cónyuge como su derecho ya ha descuidado sus propios deberes. Descuidar los propios deberes es la *raíz* de la demanda de que su cónyuge cumpla con los suyos. La única manera de evitar esta tentación es cumplir celosamente con sus propios deberes y permitir en oración que su cónyuge persiga celosamente los suyos. Cuando hagas esto, encontrarás que la gracia de Dios para realizar fiel y plenamente lo que estás llamado a hacer. La felicidad en el matrimonio no está ligada con lo que hace el cónyuge, sino con el cumplimiento de los propios deberes de buena gana y con alegría porque los hace como para el Señor.

Que sea entonces nuestra principal preocupación cumplir con *nuestro propio* deber. Aunque es difícil estar casado con un cónyuge que descuida su deber hacia usted, usted puede regocijarse ante el Señor cuando cumple con su deber hacia su cónyuge. Como dijo Gouge: “Hacer que otros falten al deber hacia nosotros puede ser una cruz pesada, [pero] para nosotros fallar en nuestro deber hacia los demás es una maldición temible”.³³ Por lo tanto, si el esposo ve que gobierna con amor, y si la esposa ve que obedece con alegría, y si ambos ven que permanecen contentos ante el Señor con su propia suerte y porción, entonces el yugo

³² Ste. B., 53-54.

³³ Gouge, 96.

del matrimonio será cargado y jalado con facilidad.³⁴

La siguiente exhortación debe animarnos, ya que alentó a la joven pareja casada para quien fue escrita:

Te exhorto (señorita) a la sujeción sabia, a la reverencia amorosa y cristiana, a la obediencia fiel y diligente, que no solo será tu corona de gloria entre los sabios piadosos, como fue la de Sara [1 Pedro 3:6],...pero si deseas gobernar y ser confiada con todo lo que tu esposo tiene, este es el camino, y no hay otro. Si dices así: Dame la espada, la tendrás tanto ella como toda la ayuda para usarla; pero si te esfuerzas por arrancarla de la mano de tu marido, no solo perderás tu deseo, sino que te lastimarás al esforzarte. Así, tu piadosa sujeción ganará para ti más libertad, alivio, honor y gobierno legal, que toda la contienda en el mundo puede conseguir. Y odia tanto el nombre como la naturaleza de una esposa contenciosa; recuerda que ella es como una gotera constante, incurable e intolerable. Además, gobernar la familia con la dirección del esposo es un gran honor para la esposa; pero ejercer dominio contra su voluntad y favor, es la mayor vergüenza...

Y tú [señor], como mi querido amigo, te aconsejo...entiende que tu esposa es una vasija, por lo tanto es necesaria, no diré, como dicen algunos, un mal necesario, porque confío en que será esa esposa virtuosa que hará bien a su esposo y no mal todos los días de su vida; pero no dudo en decir, un vasija necesaria para el fruto para la gloria de Dios; un vasija, cuando estés lleno de dolores, para ayudar a llevarlos y aliviarte. Una vasija para contener sus consejos e instrucciones, y no para ser arada por cualquier adversidad, sino como un baluarte fiel contra los adversarios. Sin embargo, al estar con el vaso más débil, debe ser tratada así mismo. Nuestras vasijas más preciosas (ya sean de vidrio u oro) son comúnmente las más débiles...y las que tratamos con mayor precisión³⁵, no de manera ruda o descuidada. Para una mujer virtuosa, no hay vasija, ni joya, comparable; por lo tanto, considérala la vasija más importante en tu casa que debe contenerte a ti mismo y a todos tus tesoros. Su precio, dice Salomón, está por encima de las piedras preciosas (Proverbios 31:10); no muestres tu coraje áspero y varonil (como Lamec) a tu esposa, sino a tu enemigo (Génesis 4:23, 24). Ambos son uno, por lo tanto, sean como uno. No mires tanto lo que se requiere de ella, sino lo debes darle de ti mismo. Tú eres su velo para sus ojos (Génesis

³⁴ Ste. B., 92.

³⁵ **Precisión** – Con cuidado.

20:16), que debe defenderla, no oprimirla. Ella es de linaje y linaje piadoso, sabio y adorador; sus años han sido sazonados hasta ahora con la sal de la educación piadosa, y por lo tanto es la más apta para que tu sabiduría obre sobre ella. Haz que la obra sea perfecta y tendrás tanto el honor como la comodidad de la obra. Para ser breve, ¿qué le falta a ella...que le pueda quitar el título de una esposa virtuosa?...Ambos están en el mejor momento para comenzar un estado feliz; por lo tanto, pongan los cimientos de acuerdo con la santa Palabra de Dios, y el edificio será glorioso. Dejen que esa sea la regla de sus deberes, y sepan que Dios es muy sabio al dirigir ambos roles.

Por lo tanto, mientras que ambos consideran los deberes de sus diversos roles, juntos hacia el Señor primero, luego mutuamente el uno al otro, ¿cuán fácil será para ustedes la carga de su familia y de sus llamados? La distribución equitativa aligera su carga. ¿Qué ejemplo será [el de ustedes] para los sirvientes, los hijos, los vecinos, los amigos, sí, para todos los hombres, para ser seguidos y elogiados?... Seréis muy felices primero en esta vida presente, y más felices que la felicidad en la vida por venir.³⁶

Que seamos tan movidos a la fidelidad en nuestros deberes matrimoniales como esta joven pareja seguramente lo fue por una exhortación tan cálida, y que seamos llevados a disfrutar y preservar el honor de nuestros matrimonios ante Dios. El matrimonio es una flor tierna plantada por Dios. Si descuidamos nuestros deberes hacia el matrimonio, esta flor se marchitará y morirá. Si tratamos el matrimonio con dureza, su belleza y su vida se ahogarán y su bendición se convertirá en una maldición. Pero si cultivamos el matrimonio de acuerdo con las instrucciones de Dios y somos agradecidos con Él y fieles *ante* Él, podemos preservar la belleza, la fecundidad, la satisfacción, el placer y la honra perdurables del matrimonio.



³⁶ Ste. B., 92-97.

Preguntas de estudio

1. Explique la idea de la sumisión mutua (Efesios 5:21). ¿Qué significa en la práctica?
2. ¿De qué manera la sumisión de la esposa a su esposo es paralela a la sumisión de la Iglesia a Cristo (Efesios 5:22-24)?
3. ¿Qué dijo Isaac Ambrosio que debería limitar la sumisión de una esposa? Proporcione algunos ejemplos contemporáneos que ilustren esta limitación.
4. ¿Cómo debe el amor del esposo por su esposa ser paralelo al amor de Cristo por la Iglesia (Efesios 5:25-27)?
5. Según William Gouge, ¿cómo es el amor de un esposo como “azúcar” para su autoridad?
6. Lea Malaquías 2:14 y Proverbios 2:16-17. ¿Cómo protegería y enriquecería un matrimonio la lealtad del pacto?
7. Richard Baxter advirtió sobre las “personas impías egoístas” que “consideran qué honor, beneficio o placer les brindará su relación”. ¿Qué le hace el egoísmo a un matrimonio? ¿Qué medidas puedes tomar en tu matrimonio para limitar la influencia del egoísmo?
8. Baxter contrastó a los egoístas con aquellos que apuntan a “realizar los deberes de nuestra relación y agradar a Dios en ellos”. Si es así, ¿cómo es el deber el camino del amor?
9. ¿Cuál es el peligro de exigir sus derechos basados en los deberes de su cónyuge?
10. En la larga exhortación citada al final de este capítulo, ¿qué le pareció más útil o estimulante? ¿Por qué?